

EL GIGANTE EGOÍSTA

En un barrio alejado de la ciudad había una casa vieja con un inmenso y hermoso jardín cubierto de césped verde y suave. Entre la hierba crecían arbustos cubiertos de flores. La casa y el jardín eran de un gigante que se había ido de viaje durante la primavera.

Todas las tardes a la salida de la escuela los niños iban a jugar al jardín porque les encantaban las flores, las plantas y los pajaritos que vivían allí. ¡Era un lugar increíble!

¡Qué felices somos aquí! -decían los chicos. Unos jugaban a la pelota, otros subían a los árboles y comían las frutas maduras.

Pero un día el gigante regresó. Cuando vio a los niños en su hermoso jardín, se puso furioso y comenzó a gritarles con su fuerte vozarrón y a correrlos amenazándolos con sus manzanas. Los niños aterrorizados escaparon corriendo. El gigante logró atrapar a uno de los más chiquitos y, cuando lo levantó para lanzarlo lejos, los pájaros del jardín se abalanzaron sobre él y le dieron fuertes picotazos en la cabeza. El gigante soltó al niño mientras rugía: - ¡Este es mi jardín, nadie puede entrar! Era un gigante muy egoísta, no quería compartir su jardín con nadie.



Los meses pasaron y las estaciones también. Vino

el otoño, el invierno y nuevamente llegó la primavera, pero en el jardín del gigante se había quedado el invierno. La nieve seguía cubriendo la tierra, las flores se olvidaron de crecer, el viento soplaba con furia y los pájaros no cantaban.

La nieve, el viento y la escarcha se quedaron todo el año. También vino el granizo que cayó y cayó hasta que rompió las tejas del techo de la casa del gigante. No contento con romper el techo, el granizo siguió dando vueltas alrededor de la casa corriendo lo más rápido posible. El granizo y el viento que soplaba muy fuerte querían romper también las puertas y las ventanas.

El gigante se asomaba por la ventana y pedía que el tiempo cambiara. Estaba angustiado y solo, encerrado en aquella triste y fría casa. Pero el invierno no quería irse porque no había niños en el jardín.

Una mañana el gigante oyó una música dulce que venía de su jardín. Era un jilguero que cantaba en su ventana. Entonces la nieve, el viento, el granizo y el frío escucharon el canto del pájaro y se fueron. ¡Por fin llegó la primavera! – Exclamó el gigante contento.

El gigante salió al jardín y, sorprendido, vio que había un niño sentado debajo de un árbol que trataba de subirse. El árbol inclinaba sus ramas, pero el niño no las alcanzaba. En ese momento, el gigante entendió que además del canto del jilguero, la dulzura de ese niño que se metió en su jardín había ayudado a que volviera la primavera.

El gigante sintió que su corazón se derretía de amor. Pensó que había sido muy egoísta durante todo ese tiempo. Así que se acercó al niño con cuidado para no asustarlo y lo subió al árbol. Poco a poco, los árboles, los arbustos y las plantas se llenaron de flores. El gigante abrió el portón e invitó a todos los niños a jugar. Y con ellos la primavera regresó al jardín para siempre.

¿QUIÉN TIENE MI OMBLIGO?

Carlitos vivía en una cabaña en medio de la selva. Un día, Carlitos se despertó muy temprano para ir a jugar con sus amigos. Al sacarse el pijama vio, en el espejo del baño, que algo le faltaba. ¡No tenía ombligo!

-¡Dónde está mi ombliguito! -gritó Carlitos mientras tocaba su barriga -Quizás lo perdí. ¡Iré a buscarlo! -dijo y se fue a la selva en busca de su ombligo.

El primer animal que encontró fue una linda jirafa que comía las hojas de un árbol altísimo. Carlitos se trepó al árbol hasta llegar a una rama que estaba cerca de la cabeza de la jirafa. La jirafa le lamió la mano creyendo que era una deliciosa fruta.

-¡Señora jirafa, no coma mi mano por favor! - dijo Carlitos.

-¡Disculpá niño! - respondió la jirafa.

-Señora jirafa ¿ha visto usted mi ombligo? Es rosado, redondo y muy pequeño -preguntó Carlitos.

- HUMMMMM -exclamó la jirafa. -No, no he visto tu ombligo, yo tengo el mío que es peludo, amarillo y está escondido.

-¡Gracias! - dijo Carlitos y se despidió de la jirafa.

Carlitos siguió caminando y se tropezó con un gorila que roncaba tirado en el piso. - ¡Qué susto! Por suerte no se despertó -pensó Carlitos.

Y despacito buscó su ombligo entre el pelo de la panza del gorila. Pero los dedos de Carlitos le hicieron cosquillas al gorila ¡JA JAJ JA! El gorila se rió tan fuerte que Carlitos pegó un salto aterrado.

-¿Quién se atreve a despertarme de mi sueño haciéndome cosquillas? -gritó el gorila.

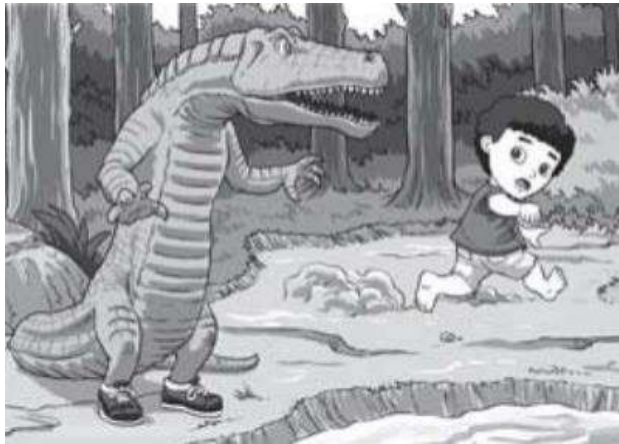
- Lo siento -se disculpó Carlitos - Señor gorila ¿Ha visto usted mi ombligo? Es rosado, redondo y muy pequeñito.

-HUMMMMM -dijo el gorila- No, no he visto tu ombligo. Aquí tengo el mío, que es redondo y bonito. Pero escuché que en el pantano hay un animal que les habla a todos de su nuevo ombligo -recordó el gorila.

-¡Gracias señor gorila! Ahora mismo iré a buscar mi lindo ombligo al pantano -dijo Carlitos.

Cuando llegó al pantano, creyó ver una enorme piedra y se subió sobre ella para ver mejor. De pronto, la pera se empezó a mover y salió del agua una enorme boca llena de dientes. ¡No era una piedra, era un cocodrilo!

-Disculpe Señor cocodrilo! -dijo Carlitos - Le quiero preguntar: ¿Ha visto usted mi ombligo? Es rosado, redondo y muy pequeñito.



-HUMMMMM -exclamó el cocodrilo- ¡¡¡Yo tengo tu ombligo en mi panza y no te lo voy a dar!!! ¡Es muy bonito y me queda muy bien!

-Señor cocodrilo usted camina arrastrando la panza por el fango y así el ombligo se ensucia -se quejó Carlitos. -Es cierto -contestó el cocodrilo -dame ya tus zapatillas y podré caminar en dos patas.

Carlitos le entregó las zapatillas y, cuando el animal se paró, le arrancó el ombligo y salió corriendo.

El niño regresó descalzo y cansado a su casa, pero estaba muy feliz porque tenía su ombligo de vuelta. Se paró frente al espejo, y apuntando bien, colocó en su panza el ombligo rosado, redondo y pequeñito.

Adaptación del relato "El niño que perdió el ombligo de Jaime Willis por Daisy Sánchez

Capítulo 7 Novela de Klofky

LOS MOLINOS DE VIENTO

El papá de Martina vio llegar a los chicos cubiertos de petróleo, todos negros y pegajosos. Venían tropezando y dandotumbos por la arena. El papá se paró frente a ellos y se puso a gritar furioso:

—¡Esto es un peligro! ¡Se pueden enfermar!

El papá los arrastró al auto, los sentó sobre plástico para que no ensuciaran y los llevó rápidamente al hotel. La mamá y el papá los lavaron con detergente y agua tibia.

—Como los queremos mucho, no queremos que se enfermen. —dijo la mamá.

La aventura terminó cuando el papá los secó con una toalla y los mandó a su cuarto a cambiarse.

Al día siguiente, el papá decidió ir hasta un Centro donde protegían y criaban cóndores andinos. Para llegar a ese lugar, tenían que atravesar una zona del desierto patagónico.

Poco a poco se fueron adentrando en el desierto. El camino era de ripio y la camioneta que los llevaba iba saltando entre las piedras. Soplaban un viento fuertísimo que golpeaba las ventanillas y producía un ruido ensordecedor.

Klofky miraba asombrado el paisaje como un explorador que llega a un lugar desconocido. Solo veía algunos pastos duros y unas plantas aquí y allá.

Luego de una hora de viaje, vieron a lo lejos unos palos muy altos que tenían en la punta tres aspas como las de un ventilador.

-¿Qué son? Preguntaron los chicos.

-Molinos de viento -respondió la mamá. -La fuerza del viento mueve las aspas y se genera la electricidad. Así podemos tener luz en las casas, electricidad para la heladera y para el televisor.

Y el papá agregó: -Como el viento sopla y sopla, estos molinos nos dan electricidad siempre.

-¡Miren, miren ahí! -interrumpió Martina- Parecen caballos, pero tienen el cuello largo.

-¡Son guanacos! -dijo el papá, vamos a parar para sacarles una foto.

- No se alejen del auto.

Como los chicos eran curiosos, agachados y despacito, se fueron acercando a los guanacos. Se escondieron detrás de un arbusto. De pronto, sintieron a sus espaldas unos pasos, como golpes en la tierra. ¡Algo se estaba aproximando! Se dieron vuelta rápidamente y se encontraron con un guanaco que los miraba con sus grandes ojos y largas pestañas.

Los chicos se pararon de un salto y el guanaco se asustó. Bajó las orejas y empezó a escupir pasto y saliva. Luego, huyó resoplando.

Klofky y Martina se miraron, se tocaron la cabeza y en las manos les quedó pegada la saliva del guanaco. - ¡Qué asco! -dijeron los dos. Y con un poco de miedo subieron al auto corriendo.

